

**El interés compuesto nos empuja
a un imposible crecimiento continuo**

La insostenibilidad de la deuda en el capitalismo

Susana Martín Belmonte y Luis González Reyes

En una crisis sistémica como la actual, es sorprendente que todas las soluciones que se están planteando, incluso desde algunos sectores críticos, estén enfocadas a volver al crecimiento económico. Sin embargo, la crisis responde a la misma lógica que la fase de auge anterior. Se trata de la lógica del crecimiento infinito del sistema económico. La necesidad de crecimiento permanente responde a la deuda insostenible que genera el tipo de interés, elemento clave de los mercados financieros.

La creación de dinero y de deuda

Vivimos en el momento histórico de mayor creación y existencia de dinero. Pero, ¿cómo se crea el dinero?

El Banco Central Europeo (BCE) es uno de los entes que crea dinero en la UE. Lo hace mediante subastas de euros periódicas en las que pone una cantidad en circulación. Los bancos también producen dinero cuando prestan dinero por encima de los depósitos que tienen. Además, las empresas pueden crear dinero, por ejemplo las *ampliaciones de capital* son nuevas acciones que ponen en circulación en los mercados financieros. Con ello generan nuevo dinero financiero (acciones) y consiguen nuevo capital para su actividad.

Todas estas formas de creación de dinero serían sin deuda. Pero entonces, ¿dónde aparece la deuda? La deuda surge justo después de crear el dinero, al ponerlo en circulación. Cuando el BCE crea euros no se los da a los bancos gratis, sino que pone un tipo de interés. De este modo, cuando el Santander toma dinero del BCE tendrá que devolverle algo más de lo que pidió, generando una deuda mayor que el préstamo.

Por lo tanto, es evidente que siempre habrá una deuda mayor que el dinero existente para devolverla. Así existe una escasez irresoluble de dinero, por más dinero que se emita, siempre habrá una deuda mayor.

Además, para obtener liquidez, los Estados, bancos y empresas necesitan recurrir, masiva y habitualmente, a la petición de préstamos para su funcionamiento cotidiana.

**Susana Martín Belmonte, economista
autora de *Nada está perdido*,
Luis G. Reyes, Ecologistas en Acción**

no. Como esto se realiza con un interés compuesto (el BCE pone un tipo de interés del 1% al Santander, pero este presta luego el dinero al 4%, por ejemplo), esta circulación de préstamos hace que el monto total de deuda se incremente más.

Una vez que vencen los plazos de devolución de la deuda, es habitual que no se restituya, sino que las entidades pidan nuevos préstamos con los que devolver capital e intereses de deudas pasadas, incrementando la deuda total aún más. También es digno de mención el efecto de las agencias de calificación de riesgos sobre el crecimiento de la deuda, ya que estas agencias pueden influir (en ocasiones de forma torticera, según diversas denuncias que han recibido) para que el tipo de interés que necesita pagar un país o empresa por endeudarse se incremente sin razón que lo justifique.

Finalmente hay otro elemento importante. La imagen tradicional del oro respaldando los billetes en circulación ya no es válida. En 1971 el dólar dejó de estar anclado al oro y dos años después, en cascada, el resto de monedas mundiales dejaron de estar ligadas al dólar. Desde ese momento, la creación de dinero ha vuelto (como antes de la II Guerra Mundial, en esas épocas del *crac* del 29) a no tener ningún límite físico. Ya no hay lingotes de oro en las arcas de los bancos centrales que respalden el dinero en circulación. Esto ha tenido múltiples consecuencias y una de ellas ha sido la creación de dinero de la nada de forma acelerada.

Pero, si no hay ningún valor detrás del dinero, ¿qué es lo que le respalda? En realidad lo que da credibilidad al dinero es que creamos que nos lo van a aceptar como medio de pago y que lo vayamos a tener disponible. Por eso, el límite a la

creación de dinero en la práctica es el índice de inflación. Una alta inflación implica que podemos comprar menos cosas con el mismo dinero, es decir, que el valor del dinero es menor porque hay *demasiado* en el mercado. Mientras el nivel de precios no aumente por encima de ciertos niveles, no hay ninguna limitación práctica al volumen de dinero en circulación.

Aparte de esto, garantizar la disponibilidad del dinero en el banco es esencial. Lo que permite crear dinero a un banco es que no vayamos en masa a retirar nuestros fondos de él (lo que sería imposible pues no los tiene disponibles sino que está especulando con ellos). Y en cuanto a los bancos centrales, lo que les permite crear dinero es que confiamos en que esos billetes son un depósito de riqueza. La confianza es lo que sostiene hoy día el dinero. Por eso se dice que el dinero es una convención.

¿Por qué el límite de la inflación no supone hoy día demasiado límite? Por la sencilla razón de que cuando suben de forma generalizada los precios de los activos no se denomina inflación. Por ejemplo, la vivienda dejó de formar parte de la cesta de bienes y servicios con los que se calcula el índice de precios al consumo (IPC) mientras era ministro Rodrigo Rato y se estaban gestando las bases para la burbuja inmobiliaria que sobrevendría después. Hemos asistido a una burbuja financiera tras otra: la de las *punto com*, la urbanística o la de las materias primas. Estas burbujas están alimentadas, en última instancia, por una creación de dinero brutal.

En resumen, todo esto provoca una situación paradójica, cuanto más dinero se pone en circulación, más crece la deuda y, en definitiva, más *escaso* es el dinero. Al mismo tiempo, cuanto más escaso es el



dinero, más dinero tiende a ponerse en circulación.

Mantenimiento de un sistema endeudado

Entonces, ¿cómo se mantiene este sistema que produce deudas crecientes que no pueden ser devueltas? Pues con la estrategia del *patadón pa'lante*: el sistema toma prestado contra el futuro sobre la base del crecimiento continuo. Quienes han recibido los préstamos prometen que devolverán las deudas sobre la base de la riqueza generada por el crecimiento futuro.

Este crecimiento, como muestran todos los indicadores, solo es posible con un consumo en aumento de materia y energía, que además es cada vez en mayor porcentaje de origen no renovable [1]. Pero este consumo creciente de materia y energía es imposible en un planeta con unos recursos cada vez más escasos, como es el caso de los combustibles fósiles. El dato más relevante es que la Agencia Internacional de la Energía ya ha confirmado que en 2006 se atravesó el pico del petróleo convencional [2], momento que indica un inexorable declinar de la principal fuente energética. De este modo, no existe capacidad de crecimiento para devolver la inmensa burbuja de deudas.

Además de la imposibilidad de crecimiento continuado, hay un problema de cantidad. El monto de deuda existente en el mundo es de unos 158.000.000 millones de dólares, de los cuales el 75% es deuda privada. La española asciende a 5.400.000 millones de dólares (4 veces el PIB), de los cuales solo el 16% es deuda pública, el resto está en manos de bancos y empresas (64%) y hogares (20%) [3].

Las burbujas especulativas se han ido sucediendo unas a otras. Tapando los efectos perversos de la anterior con más

financiación para alimentar a la burbuja siguiente. En esto se traduce la solución de volver a crecer, en una escalada de deuda que ha llegado a unos volúmenes intolerables.

La única forma de parar esto es dejar de devolver parte de la deuda, una *estrategia* que también contempla el sistema: son sus crisis periódicas.

El poder financiero

Los enfoques tradicionales marxistas atribuyen el poder económico a la propiedad de los medios de producción, de los que el capitalista extrae la plusvalía. El capitalista lleva a cabo el ciclo capital-dinero: invierte dinero en insumos y medios de producción, con ello produce un bien o servicio que lleva al mercado, donde se vende y de este modo se vuelve a convertir en un dinero en el que está comprendida la plusvalía (beneficio).

Pero la nueva realidad financiera, la posibilidad de crear dinero de la nada, ha provocado cambios importantes en esta forma de ejercer el poder económico. Ya que las nuevas condiciones del sistema monetario y financiero han creado una fuente de financiación abundante que permite crecer al capital a velocidades mucho mayores, y así, acceder a más mercados, obtener economías de escala y conseguir una rentabilidad mucho mayor. Y la llave de todo esto la tiene el poder financiero. De este modo, si el capitalista propietario de los medios de producción tiene la capacidad de extraer la plusvalía, el capitalista financiero tiene la capacidad de multiplicar esa plusvalía (y el volumen de operaciones de la empresa), desbancando a la competencia.

Así, la clave del poder económico en nuestros días es el capital financiero. Ya no se trata de quien posee los medios de producción, sino de quien controla la

financiación. Ese poder es todavía mayor desde que la progresiva concentración en el sector financiero ha permitido la creación de entidades *demasiado grandes para caer*, entidades cuyas pérdidas se socializan, mientras que sus ganancias se privatizan.

Pinchando la burbuja de la deuda

El inevitable deshinchado de la deuda puede ser de formas muy distintas. *Grosso modo*, los principales poderes están intentando que se pague lo más posible de la deuda contraída con la banca y los fondos de inversión especulativa a costa de bombear recursos desde las clases populares (incluido el pequeño empresariado). Esto se está haciendo con el desmontaje del Estado del bienestar y con una imposición fiscal cada vez más regresiva.

Pero las clases populares no han sido las que han tomado las decisiones que llevaron a la financiación de la burbuja especulativa del mercado inmobiliario. Tampoco han participado en la decisión de rescatar a la banca pero no a las personas, evitando quiebras bancarias pero no desahucios de hogares. Todo ello para sostener un modelo de imposible crecimiento infinito. Además, la gran mayoría de la deuda es de origen privado en manos del gran capital, aunque se esté convirtiendo progresivamente en pública por vía de los rescates bancarios. La situación actual visualiza que el poder financiero es el poder hegemónico de nuestro tiempo, los gobiernos democráticos se postran ante él en una deudocracia.

Por todo ello es el momento de que la ciudadanía tome el poder del dinero. Es el momento de empezar a hablar de que la deuda es impagable, que no pertenece a la inmensa mayoría de la población, que hay que auditarla y, simplemente, dejar de pagar la que se ha empleado para la



destrucción ambiental y social.

Esto implica una oportunidad para recuperar lo común o, por lo menos, una parada en el expolio de lo público con la excusa de la devolución de una deuda impagable, injusta e insostenible. En definitiva, ilegítima.

Sin embargo esto solo es una parte de la solución, es lo que nos permitirá vaciar la inmensa bañera de deuda que existe.

La necesidad de un nuevo sistema

La otra parte de la solución es cerrar el grifo de la deuda insostenible que genera el sistema monetario y financiero actual, impedir que vuelva a crearse (llenarse la bañera) y que esto nos lleve a continuar la suicida carrera del crecimiento continuado. Para cerrar el grifo de la deuda tenemos que socavar sus bases: habilitar fuentes de creación monetaria que no consistan en el préstamo a interés.

Pero el tipo de interés es un elemento imprescindible de los mercados financieros. Y los mercados financieros son los que asignan los recursos, los que dan los préstamos. Sin tipo de interés ni mercados financieros, necesitamos un nuevo mecanismo para asignar el crédito de forma eficiente y acorde a las necesidades de la ciudadanía. Por lo tanto, un sistema económico sin interés implica otra teoría económica [4].

¿Cómo funcionaría este nuevo sistema económico? En él, el dinero (la deuda) se crearía, poniéndolo en circulación sin interés, para poner en marcha la producción de un bien o servicio que la sociedad considera interesante. Todo aquello que una empresa comprara a otra empresa serviría para compensar la deuda de la empresa proveedora y aumentar la de la empresa cliente, y de este modo la deuda irá transmitiéndose de una empresa a la siguiente. Además, todas las empresas generarían pagos a sus empleados/as, lo que pondría el dinero en manos del público. En cualquier caso, tanto la deuda, que se movería en el círculo empresarial, como el dinero que terminase en el bolsillo de los/as trabajadores/as, tendría un final: desaparecer en el consumo último de bienes y servicios por compensación de saldos (deuda contra dinero). De este modo, en este sistema económico el dinero (la deuda) nace, realiza su función, y muere en el consumo final.

En un sistema monetario y financiero sin interés las deudas no serían imposibles de devolver y tampoco sería necesario el crecimiento permanente, con lo que el volumen de dinero en el sistema (y



la producción económica) se mantendría a escala humana. En todo caso, sería necesario analizar si la creación de dinero debiera estar anclada a algún tipo de límite físico de nuestro planeta.

Los cambios acaecidos en los últimos tiempos nos sitúan en circunstancias diferentes en las que

esta nueva teoría económica es posible. En la actualidad el 90% de la masa monetaria es digital: consiste en anotaciones en cuenta accesibles por medios telemáticos. Este nuevo tipo de dinero tiene potencialidades poco exploradas. Un sistema de dinero digital transparente podría permitir, por ejemplo, la diferenciación del dinero puesto al servicio de la producción de bienes y servicios, del dinero como instrumento especulativo. Esto permitiría financiar la actividad productiva necesaria y, al mismo tiempo, no financiar las burbujas especulativas, lo que nos llevaría a la erradicación de las crisis financieras.

La soberanía financiera ciudadana se materializaría en un control social del crédito, es decir, que se decidiese democráticamente en qué invertir y que esta decisión no la tomase la banca. Una experiencia en este sentido es COOP57 [5]. Esto tendría muchos efectos beneficiosos. Por un lado, probablemente cambiaría el modelo productivo facilitando su racionalización ecológica. Sin necesidad de crecimiento infinito, no habría necesidad de obsolescencia programada, ni de promover el consumismo. Las personas podrían fomentar la financiación de la producción de bienes más duraderos, reciclables o reutilizables, ejerciendo su derecho a tomar parte en la creación de su destino como sociedad.

A largo plazo, otro efecto beneficioso sería la posibilidad de repartir el empleo sin bajada de los ingresos de los/as trabajadores/as, para disfrutar del ahorro de mano de obra que se origina en los aumentos de productividad en forma de ocio, en lugar de sufrirlo como desempleo. Al no haber necesidad de crecimiento constante y existir un control democrático de la economía, el objetivo del pleno empleo podría alcanzarse repartiendo el trabajo.

Para que este sistema sea posible, haría falta libertad para utilizar una banca sin intereses. Pero también escapar del monopolio de la moneda de curso legal que nos impone el poder financiero, para poder crear nuevas monedas que persigan la satisfacción de las necesidades humanas y no la retribución del capital financiero, y en la que los criterios para otorgar financiación fueran decididos por la gente que participa en estas monedas.



1. Sede del Banco Central Europeo.
2. Acción de protesta contra el BBVA.
3. Asamblea de Coop57 en Barcelona.
4. Emilio Botín, durante una junta de accionistas.
5. Ha llegado el momento de que la ciudadanía tome el poder del dinero.



Notas y referencias

- 1 Krausmann , Fridolin, Simone Gingrich, Nina Eisenmenger, Karl-Heinz Erb, Helmut Haberl, Marina Fischer-Kowalski (2009): "Growth in global materials use, GDP and population during the 20th century", *Ecological Economics*, 68, pp. 2696-2705.
- 2 International Energy Agency (2010): *World Energy Outlook 2010*. IEA and OECD.
- 3 Banco Internacional de Pagos (2011): *81º Informe Anual. 1 de abril de 2010–31 de marzo de 2011*.
- 4 Susana Martín Belmonte (2011): *Nada está perdido*. Icaria.
- 5 <http://www.coop57.coop>